

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



Enrique Carrión Ordóñez

*Profesor emérito del Departamento
Académico de Humanidades*

Cuadernos del Archivo de la Universidad 28

Lima, 2001

Cuadernos del Archivo de la Universidad

Comité editorial

Presidente : José Agustín de la Puente Candamo

Miembros : Juan Carlos Crespo López de Castilla
René Ortiz Caballero
Jesús Vera-Portocarrero Beltrán

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

Pontificia Universidad Católica del Perú

**Enrique Carrión Ordóñez: profesor *emérito* del
Departamento Académico de Humanidades
– Lima: PUCP, 2001.**

**32 p.; 20 cm. (Cuadernos del Archivo de la
Universidad: 28)**

Archivo de la Universidad PUCP
Apartado 1761 – Lima 100, Perú
Correo electrónico: archivo@pucp.edu.pe
Fax: (511) 261 9030



Enrique Carrión Ordóñez

Doctor ENRIQUE CARRIÓN ORDÓÑEZ
Profesor *emérito*
Departamento Académico de Humanidades
18 de octubre del 2001
(Foto por Cosme Trujillo Barrueta)

Presentación

Contaminado todavía del temperamento español y pletórico por las ricas experiencias vividas, Enrique se me presentó la primera vez que lo conocí como un portento de sabiduría. No hacía muchos días que había vuelto a pisar tierras peruanas y reiniciaba sus reencuentros con los antiguos locales académicos que lo cobijaron antes de partir a España para seguir sus estudios de postgrado. Fue en el Instituto Riva-Agüero donde se dio nuestro primer encuentro. Desde que la especialidad de Historia me había conquistado ahí concurría a investigar e intercambiar ideas sobre los incas en un seminario promovido por Antonio del Busto que terminó identificándose con el apelativo de "grupo incas". Mi juvenil interés por la vida intelectual me hacía sentir pletórico en aquella vetusta casa donde habían desfilado tan ilustres maestros y donde todavía se escuchaba la estentórea voz de mi admirado y querido padrino de confirmación Víctor Andrés Belaunde.

La llegada de Enrique había estado precedida de comentarios elogiosísimos hacia su persona. Se hablaba de que era un digno sucesor de su maestro Luis Jaime Cisneros y que la lingüística y la filología en la Universidad Católica se realzarían con su reincorporación al personal docente. Inspirándome un gran respeto estas disciplinas por su grado de sistematicidad y abstracción y deslumbrado por la erudición de Enrique Carrión debo confesar que cuando lo traté por primera vez me sentí un poco atemorizado. Ávido por recorrer los senderos de una vida intelectual auténtica temía ser desdeñado especialmente por alguien que a la par de ser erudito le gustaba asumir aires de tal y de cierta autosuficiencia.

Efectivamente, su porte estirado, sus anteojitos de cristal, su cabeza levantada, le daban un aire profesoral. No obstante al poco rato

de tratarlo me di cuenta que esta imagen reflejaba más un escudo histriónico pues en el fondo lo que emergía era un gordo bonachón de una ternura infinita. Así nació entre nosotros una profunda amistad que se ha mantenido con el correr del tiempo.

De Riva-Agüero nuestras andanzas siguieron por la Facultad de Letras de la Plaza Francia. Poco tiempo después continuaron con visitas a los múltiples vendedores de libros viejos distribuidos en el centro de Lima. A nuestra común vocación intelectual se sumaron nuestras curiosidades gastronómicas. Muchas veces ellas nos llevaron a compartir la tertulia letrada con visitas a recovecos tradicionales como el local de dulces limeños del Rímac, que tenía como artífices a las hermanas Elías, o aquel restaurant donde se preparaban los mejores sudados de pescado al lado de la clínica *Maison de Santé*.

De la sazón de la calle pasamos a probar la de nuestros respectivos hogares particularmente cuando celebrábamos nuestros onomásticos. Es así que yo no faltaba los 18 de mayo a su casa donde en medio de los compases de una alegre y tradicional vitrola saboreábamos los riquísimos dulces que preparaba doña Zora, particularmente la cocada, que no tenía comparación. Él por su parte me correspondía los 6 de enero, fecha de nacimiento que yo compartía con mi padre, en almuerzos que preparaba mi madre con gran cariño.

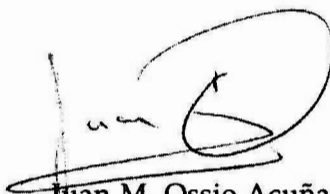
Es así que mis amigos devinieron en sus amigos y los de él en los míos. Además, muchos de los míos eran sus estudiantes en la especialidad de literatura. Era el caso de Javier Montori, Toño Cisneros, Óscar Mavila, entre varios otros. Entre los de él con quien más aproximación tuve fue con Armando Zubizarreta.

Enrique y Armando no sólo fueron mis amigos sino también mis primeros mentores intelectuales. Si bien Onorio Ferrero fue mi primer acicate en mi itinerar académico, Enrique y Armando estimularon mi espíritu crítico. No siendo de mi misma especialidad a ellos les debo el desarrollo de una cautela intelectual y de un espíritu inquisitivo. Ellos me alertaron contra aquel apego al dato,

contra aquella manera de hacer historia que privilegia a la memoria y que muchas veces deriva en conjetural frente a aquella otra más reflexiva que prefiere trabajar con conjuntos significativos que se modelan en marcos teóricos de raigambre científica. Todavía recuerdo con nostalgia las interminables noches en que frente a la casa de Enrique, en la avenida Horacio Urteaga, desbarataban mis rudimentarios presupuestos conceptuales enriqueciéndolos por otros que venían de una experiencia intelectual más sólida.

Formalmente, Enrique nunca fue mi profesor, pero a lo largo de nuestra interacción como amigos he aprendido mucho más de él que de otros que sí lo fueron. No podía ser de otra manera tratándose de un espíritu tan generoso, tan humano y premunido de tantos conocimientos. Por lo demás, aunque tenemos especialidades distintas, nuestros intereses no son tan disímiles. Ambos tenemos una gran pasión por la historia y nos deleita el acerbo popular. Quizá nos ha faltado sellar esta comunidad de intereses haciendo un buen atlas lingüístico y etnográfico del Perú o, lo que alguna vez conversamos con su discípulo José Cárdenas Bunsen, hacer una buena edición crítica de *El Primer Nueva Cronica y Buen Gobierno* de Felipe Guaman Poma de Ayala.

Haberle otorgado el *profesorado emérito* es un gesto que enaltece a nuestra casa de estudios. Para mí no es sólo el reconocimiento a su larga trayectoria como docente en la Universidad Católica sino una recompensa a un gran investigador que prestigia a nuestro país pero sobre todo a un maestro que es ejemplo de generosidad y de inquebrantable entrega a la búsqueda del conocimiento.



Juan M. Ossio Acuña
Profesor principal
Departamento de Ciencias Sociales



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

CONSEJO UNIVERSITARIO

RESOLUCIÓN DE CONSEJO UNIVERSITARIO N° 046/2001

EL CONSEJO UNIVERSITARIO:

Vista la propuesta conjunta de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas y del Departamento Académico de Humanidades para designar al doctor Enrique Carrión Ordóñez como profesor emérito del citado departamento académico;

CONSIDERANDO:

Que el doctor Enrique Carrión Ordóñez, intelectual formado en esta Universidad y ampliamente reconocido por su vasta formación humanista, ha trabajado en ella por muchos años desarrollando una fructífera actividad académica y sirviéndola con dedicación incondicional;

Que, a través del ejercicio de una cátedra muy respetada, el maestro Enrique Carrión ha contribuido al forjamiento de numerosas generaciones de humanistas, suscitando en ellos un permanente afán por el conocimiento agudo y riguroso en los campos de la lingüística y de la literatura;

Que, como investigador nato y destacado, el doctor Carrión Ordóñez ha propiciado y dirigido numerosos proyectos académicos y es autor de múltiples y acuciosos estudios filológicos que dan cumplida cuenta de su singular capacidad y erudición;

En uso de las atribuciones que le confiere el inciso f) del artículo 68° del Estatuto de la Universidad;

RESUELVE:

Nombrar al doctor Enrique Carrión Ordóñez profesor emérito del Departamento Académico de Humanidades, en reconocimiento a sus notables cualidades personales y a su meritoria y extensa trayectoria académica.

Regístrese, comuníquese y archívese.

Lima, 27 de junio del 2001

Enrique, el incansable caminante del saber

Krzysztof Makowski

Es siempre un día muy especial éste en el que nos reunimos en la familia académica del Departamento de Humanidades con la presencia de las autoridades y los amigos de toda la Universidad para demostrar a uno de nuestros colegas, cómo lo apreciamos. El 27 de junio del presente año el Consejo Universitario ha distinguido como *profesor emérito* al doctor Enrique Carrión Ordóñez. Es un homenaje particularmente merecido tanto por la trayectoria académica, como por las cualidades personales del doctor Carrión, destacado especialista en la lingüística histórica iberoamericana, las literaturas peruana y colonial iberoamericana, la filología del renacimiento. Para varios amigos aquí presentes, que lo conocen desde la juventud, puede parecer inverosímil, pero ya transcurrieron cincuenta años desde que lo vieron a Enrique por vez primera atravesar la puerta de la Pontificia Universidad Católica del Perú en la Plaza Francia. Enrique, hombre del renacimiento con muchos talentos y aptitudes, ha contribuido con su alegre temperamento y amena conversación que el tiempo que pasó parece muy corto. El doctor Carrión pertenece a la promoción 1951, una promoción excepcional por el número de individualidades que han aportado con su intelecto, con su entrega a la docencia y a la investigación, al desarrollo de este Departamento. La integraron, entre otros, los doctores José Antonio del Busto, Luis Felipe Guerra, Sara Hamann, Beatriz Hart Gaige, Pedro Rodríguez, Fanny Torero, Mario Tovar Velarde, Alberto Varillas, Arturo Vidal Layseca, José Luis Wicht, Raúl Zamalloa, Pedro Zubiría, Armando Zubizarreta. Los que conocieron al doctor Carrión en estos años de estudiante me han transmitido este cariñoso recuerdo que quisiera compartir con ustedes, porque demuestra que siempre ha sido fiel a sus pasiones intelectuales y ha logrado una hazaña difícil, la de mantener intacta la alegría de investigar, la de buscar siempre caminos y campos nuevos del saber:

"Carrión se distinguió desde la hora primera por algunos rasgos, aparte de su gusto por la erudición y su prontitud para hacer amigos. Era ameno

en las charlas, buen bailarín cuando la ocasión lo hacía propicia, era el que mejor sabía valsés y era experto en música criolla. Fue empeñoso en todo lo que concernía a la historia y desde la hora inicial podemos afirmar que la historia medieval lo atraía de tal manera que habría podido dudarse (como en realidad él dudó) si su interés se dirigiría a la historia o a la literatura. Eso explica que sus temas de conversación 'erudita' preferida fueran los relativos al Cid Campeador. Un segundo rasgo de orden intelectual fue ciertamente su fervor docente. Hombre amante del paisaje, cuando hablaba del Perú, era fácil reconocer cuándo lo había recorrido y cuándo lo que sobre el Perú decía era fruto de lectura profunda. A caminar no todos lo igualaban..."

Paisajes, destinos humanos, genealogías, parentescos, etimologías, metáforas sorprendentes, juegos de significados, sinuosas historias de palabras y conceptos, todos estos elementos heterogéneos confluyen en las páginas de obras y en las clases del doctor Carrión. En los títulos como *Bibliografía del español en el Perú*, *Mariano Melgar*, *Compilaciones de peruanismos anteriores a Juan de Arona*, *Fuentes bibliográficas sobre los idiomas del Perú*, *El castellano de los fundadores y primeros pobladores de Lima a través del primer libro de Cabildos* no se reflejan quizás bien todas las dimensiones de sus aportes. Porque la erudición seca y pedante no es la del doctor Carrión. Todo lo contrario, la lingüística es para él la puerta para conocer la historia viva en todas sus dimensiones y, en particular, la historia de las mentalidades. Y hay un aspecto más de su personalidad que quisiera evocar. Siempre me daba la impresión que para Enrique no existen límites entre la clase, las largas conversaciones en los corredores y en la cafetería de Letras, y los textos que estaba escribiendo. Todo se unía en una larga charla con nosotros y con la historia. Pienso que estoy expresando el sentimiento de ustedes, de los estudiantes de la Católica, los de Bordeaux, Chapell Hill, Augsburg y Papeete que han tenido la suerte de tenerlo por profesor, de sus colegas de la Academia Peruana de la Lengua y de la Sociedad Peruana de Historia, cuando estoy ahora expresando mi agradecimiento a Enrique por hacernos compañeros de sus apasionantes caminatas intelectuales. Muchas gracias a él y a ustedes por estar hoy, aquí, este día.

El 'emérito' Carrión

Luis Jaime Cisneros

Premio singular de la Providencia es, sin duda alguna, el asumir el discurso de orden en la ceremonia en que la Universidad Católica confiere el título de *profesor emérito* a Enrique Carrión, profesor principal de esta casa, amigo entrañable, discípulo eminente, fiel compañero en las horas de triunfo y en las de los sinsabores del trajín universitario.

Emeritus es un participio de *emereri* 'ganarse el retiro' y está ciertamente vinculado con un conjetural *merescere* del hispano latín. *Merere stipendia* significaba, en el latín de la época ciceroniana, 'ganar un sueldo', y la hallamos como expresión frecuente en el lenguaje militar porque, en fin de cuentas, *merere* significaba 'servir en el ejército'. Varrón recurría, para explicarlo, a esta anotación: *qui in exercitu donati essent et equo publico mererent*. Al finalizar su servicio, el soldado romano adquiría la condición de *emérito*. Al puntualizar estos antecedentes etimológicos, rindo un primer homenaje a Enrique Carrión (experto en etimologías) y quiero poner de relieve cuánto hay de militancia viva en esta espléndida tarea de la docencia universitaria, y cuánto necesitamos reforzarla hoy para continuar haciendo del estudio, la investigación y el conocimiento valientes armas de las generaciones venideras. Las batallas libradas por Enrique Carrión desde las aurales jornadas de 1951 son las que hoy rememoramos y agradecemos. Si los estudios recoletanos lo habían predispuesto a las ideas claras y distintas, descubrimos en él, desde la hora primera, una saludable aptitud para el canto y la sonrisa y buena digitación para verse acompañado, a la hora del tondero, con buen ritmo de cajón. Y así supimos matizar las toscas jornadas con textos de Vossler, Spitzer y Bally y con algunas apetitosas y bien rociadas visitas al Parral, allá por las cercanías de Acho. Refranes y romances del siglo XVI decoraban la charla. La política de sables que imperaba en la época servía para que robusteciéramos con denuesos oportunos la mala fama de quien lo merecía. En las aguas del mar de Cerro Azul aprendi-

mos a calibrar cuánto valía conversar con Pepe Dammert, Gerardo Alarco y César Arróspide y a descubrir el genio precoz y la alegría innata de Alfonso Cobián. En ese clima de estudio y conversación fue urdiéndose una larga amistad de la que solo yo he sido beneficiado. Y en ese ambiente Enrique iba dando muestras, jornada tras jornada, de que todo cuanto con el humanismo se relacionase no habría de serle ajeno. Era un muchacho en quien la exactitud resultaba condición imprescindible para el conocimiento. Era un muchacho que tomaba en serio el estudio, como tomaba en serio la oración, y sabía que la sonrisa era rasgo fundamental de un hombre culto. Podíamos advertir en él que iba a ser de verdad el universitario cabal a quien hoy rendimos homenaje. Muchos de sus compañeros afirmaban que sería un erudito: todo lo inquiría, todo lo adivinaba, todo lo sabía. Sólo él conocía el ámbito de sus ignorancias y trabajaba febrilmente, tenaz y constante como era, para que no pudiera ganarlo la improvisación. Entrenaba su memoria para hacer de ella su aliado fundamental. Muchas veces me aseguré, con ojitos rabiosos, que nunca cedería a mi invitación para acercarse a la filología, esquina donde yo lo esperaba. Me aseguró que la historia era en realidad lo que estaba en su horizonte. E iniciaba una verbosísima demostración de su saber enciclopédico. Por algo sus compañeros lo sentían un amaute en ciernes. Ahora lo sabemos bien. *Sabio* y *prudente* y *cuerdo* son acepciones con que el *Vocabulario* del jesuita González Holguín ilustra la palabra *amauta*. *Sabio* y *filósofo* significaba esa palabra para Blas Valera, el dominico con quien el Inca Garcilaso consultaba asuntos relacionados con la lengua y la antigüedad incaica. Y cuando el propio Garcilaso alude a los amautas, advertimos que los tiene por filósofos y doctores. Decir *filósofo* y *doctor* para la mentalidad con la que Garcilaso escribe sus *Comentarios* implica estar imbuido de lo que el humanismo renacentista había heredado de los grecolatinos. Ni doctor ni filósofo eran voces que entonces significasen fórmula de tratamiento la primera, ni representaba la segunda etiqueta alusiva a un presunto quehacer intelectual. Una y otra tenían significación valiosa y trascendente. No miraban a lo superficial sino a la profundidad. Miraban a las esencias motivadoras que el alma auspiciaba encontrar en las reconditeces del hombre. Sabiduría y competencia eran, pues, las que reconocían en los hombres sabios y prudentes los

antiguos peruanos. Y es lo que hoy reconocemos públicamente en Enrique Carrión, que frecuentó en nuestras aulas la verdad y nos dio testimonios varios de su capacidad para expresarla en palabras y de su recta intención de perseguirla sin denuedo. Para Platón, educar (y la etimología lo hacía previsible) era despertar las dotes que se hallaban dormidas en el alma. Convertir toda el alma (hacerla girar) hacia la luz de "la idea del bien" era el objetivo fundamental. Hoy le agradecemos al profesor Carrión no haber vacilado en el quehacer hermoso de convocar a los estudiantes a esta arriesgada y luminosa batalla del conocimiento.

Aquí en la memoria tengo su primera monografía sobre las ideas fonéticas de Juan de Valdés, que parecía contradecir su confesada orientación hacia la historia, pero que en realidad anunciaba su aptitud para el trabajo filológico. Lo fueron confirmando sus trabajos universitarios en el campo de las reseñas, y destaco la que en 1962 dedica a la obra de Canfield sobre la pronunciación del español en tierras americanas. Historia y lenguaje aparecen maridadas en 1967 en el artículo que en un periódico arequipeño dedica a dar una primera noticia sobre Antonio Pereira, viajero canario, y que nos pone en el camino de la hermosa investigación en que ha de mostrar, años más tarde, el lujo de su erudición y de sus armas académicas, y será uno de los trabajos filológicos ejemplares surgidos de la universidad peruana. Con él se enlazan textos posteriores. De aquí arranca la firmeza por entregarse a la lexicografía, de la que ya había dado muestras de preocupación en el trabajo que en 1975 había dedicado al vocabulario arequipeño en época de Melgar; el particular interés por aclarar el mundo de los peruanismos: soroche (1977), capujar (1978), jaguay (1981), al buen tuntún (1974), gambusina (1974).

Su formación de filólogo, clara y rotunda, la documenta un recorrido por los planteamientos diseñados para los diversos cursos que dictó en la universidad: indispensable y preciso interés por la bibliografía (en la que ya había ofrecido signos de su solvencia cuando en la revista de la universidad reunió, en 1975, datos para las fuentes bibliográficas de los idiomas en el Perú). Ese interés por la bibliografía fundamental para un filólogo, era para nosotros de una

evidencia tan irrecusable que ya habíamos adquirido la costumbre de afirmar que si Carrión no tenía noticias de algún libro o artículo era porque todavía no se había publicado: el prólogo de ese trabajo bibliográfico es una clara exposición del estado de los estudios lingüísticos en la época.

Si solamente recorriésemos los temas de las tesis que dirigió tendríamos idea no sólo del marco de sus preferencias, sino datos específicos que ilustrarían sobre la historia de la filología en esta universidad. Al revisarlas descubrimos la coherencia con que se ha ido consolidando la experiencia docente y los progresos de sus intereses filológicos. Pienso en la tesis que en 1963 busca rastrear la influencia peruana en el *Martín Fierro*, de Hernández; en la que, seis años después, presenta Juana Truel sobre *Palabras y cosas de la viña en Ica* y que es el síntoma claro de que los intereses de Carrión estaban apuntando ya hacia la lexicología. Pero no es hombre Carrión que descuide en el alumno el interés hacia la literatura, y alienta con esmerado lujo la tesis que José Navarro presenta en 1971 sobre el *Telémaco* de Bermúdez de la Torre, autor poco frecuentado por profesores y estudiantes. Ya está Carrión asegurando su rigor filológico y se mueve con soltura en el campo de la lengua como en el de la literatura. Dirige en 1972 las reflexiones de Mirko Lauer sobre la obra de Martín Adán, poeta que ha de interesar a Carrión no solamente por la calidad literaria de su obra sino por la cantera lingüística que vocabulario y sintaxis ofrecen a la investigación. En el mismo año de 1971 alterna el tema literario con el lingüístico y dirige el hermoso trabajo de Hermis Campodónico sobre palabras y cosas del cultivo del arroz en Chiclayo, con lo que abre camino al método de las *Worter und Sachen*, que coloca a nuestra Facultad en la vanguardia de los trabajos dialectológicos. Martín Adán vuelve a ser propuesta estimulante para la tesis de Leonidas Yerovi en 1976, tema que hace incorporar más tarde en los trabajos de Luis Vargas Durán. Y como era de esperar, este haber invitado a merodear al estudiante por las fuentes explica la tesis que José Oviedo presenta en el 84 sobre la literatura oral andina. Esta es parte de la línea profesoral de Carrión, que hoy agradecemos. Todos esos trabajos implicaban metodología nueva, estudio riguroso, investigación cierta. Algunas de esas

tesis fijan claros hitos del trabajo filológico en la Católica.

Lector atento de la obra de Menéndez Pidal y de la de Américo Castro, era natural que Carrión acrecentase curiosidad y agudeza, y quiero resaltar el modelo de investigación que su estudio sobre La lengua en un texto de la Ilustración, publicado en 1983, representa para la historia de la investigación lingüística en el Perú. Ahí están reunidos el primitivo interés de Carrión por los hechos históricos y su flagrante vocación por la lexicología. De entrada nos propone su objetivo; los prolegómenos nos ubican en el mundo histórico cultural y nos anuncian cuál ha de ser la metodología a que ha de ajustarse la investigación. Y un encabezamiento singular preside, seguidamente, el cuerpo de la obra: *Filología*; ahí está bellamente documentado el mundo de lecturas en que Carrión respalda su trabajo, y ahí tenemos, con "la información lingüística contenida en el vocabulario de voces provinciales", uno de los buenos trabajos de la lexicología entre nosotros. La minuciosa información que el texto ofrece, la seguridad con que se manejan los datos lexicológicos, la precisión bibliográfica, el acucioso fervor con que va Carrión ofreciendo sus conclusiones nos dejan noticia cabal de cómo era la vida intelectual arequipeña de la época y nos invitan a tener presentes esos datos para arriesgar investigaciones de otro calibre. El libro da idea de otro de los intereses de Carrión, que sus compañeros celebraron desde los iniciales días de 1951: la bibliografía. De ella nos había ofrecido buen testimonio, diez años atrás, con el repertorio que dedicado al español en el Perú había publicado en Alemania, en colaboración con Tilbert Stegmann.

En los últimos años, ha ido Carrión alternando la lexicografía en el terreno de la investigación silenciosa y ha ofrecido testimonios escritos de su latente interés por la literatura: de la del Siglo de Oro quiero rescatar las notas que presentó en 1991 para celebrar el IV centenario de San Juan de la Cruz, donde vuelve a ofrecernos buen ejemplo de su aptitud para la evocación histórica. Un callado amor por la biografía se halla patente en los estudios que dedica a la vida y la obra de Mariano Melgar. Y nuevamente nos brinda testimonio de sus intereses históricos cuando, en 1992, se esmera en confrontar los intereses de Marmontel y Bausate y Mesa, estudio

que nos recuerda la afición que siempre sintió Carrión por el siglo XVIII, remoto microbio que avivó su interés por el costumbrismo.

Yo no quiero abrumar a la audiencia con noticias que pueden sugerir la imagen de lo inacabable. No quiero olvidar de nombrar a Úrsula y Mariana, que constituyen la obra predilecta de Carrión. Pero sí quiero destacar que cuando Enrique Carrión se molesta, de veras se molesta. Y su lenguaje (que sabe jugar con la ironía cuando lo reputa necesario) se vuelve estridente y sentencioso. Nada lo enardece tanto como esta majadería de escribir Cuzco con 's'. Si leemos el trabajo de 1993, publicado en *Histórica*, desde el título le adivinamos el énfasis de la voz, el puño amenazante, el brillo de los ojos y, sobre todo, la sonrisa de satisfacción por haber dado en el blanco. El título lo expresa escuetamente: "*Cuzco, con z*".

Enrique: cincuenta años hace que aprendí a quererte, a leer en tus ojos un claro amor por la verdad y por el rigor científico. Fuiste mi colaborador en horas que marcaron el despegue de una correcta vida académica. Muchos de lo que los demás llaman mis éxitos se deben a tu presencia firme en el dictado de las clases, a tus sugerencias. Aprendí a reconocer en conversaciones, paseos y comidas, tu aptitud para el regocijo, tu saber profundo. He aprendido mucho de ti en tus actitudes y en tus obras. Te digo gracias por tanto bien y tanto regalo y te pido perdón por si alguna vez nublé tu corazón.

Enrique Carrión Ordóñez, imagen de maestro

Salomón Lerner Febres

La Universidad Católica, el claustro que nos reúne, puede enorgullecerse con plena justicia de sus muchos logros materiales, pues durante sus ya más de ocho décadas de existencia, ella no ha cesado de ampliar y modernizar sus aulas, de renovar las magnitudes de sus laboratorios y de sus bibliotecas, de crear, en fin, modernos ambientes donde sea posible embarcarnos con los mejores pertrechos en esa travesía incesante y siempre inacabada que es el saber.

Todo ello, sin embargo, se reduciría a una mirada superficial y por lo mismo ilusoria si fuese nuestro propósito explicar de qué materia está hecha la verdadera riqueza de nuestra casa. Porque más allá de cuanto ella posee, la Universidad Católica encuentra su valor auténtico y perdurable en lo que ella ha sido y es hoy, eso que llamamos con orgullo nuestra tradición y nuestro espíritu. Y cómo explicar esa identidad que nos hace singulares sin referirnos a las virtudes de las personas que, en el diario afán, ponen en acto su esencia y así cumplen la más propia naturaleza de la genuina institución universitaria.

Por ello, porque ante todo somos una comunidad viva de personas y consideramos lo humano como valor superior, nos sentimos complacidos de honrar en esta ceremonia al doctor Enrique Carrión Ordóñez. Él, de modo ejemplar, nos revela cómo se lleva de manera digna y fecunda la vida universitaria, en un trajinar inagotable que no se ha erguido sobre episodios ocasionales sino que, para ofrecer frutos plenos y duraderos, ha sido asumido como motivo de toda una vida. Y decimos esto porque él ha demostrado un compromiso señalado con el cultivo del saber y el magisterio, que nos habla de una disposición, un cariño y una textura excepcionales que sólo poseen quienes merecen el calificativo de maestros. Pues maestro es, en verdad, quien, como el doctor Carrión, entiende que la enseñanza es aprendizaje continuo, diálogo con la realidad nunca concluso, pasión y vocación de servicio que busca de-

cantar en el discípulo, a través del renovado desafío intelectual, las virtudes más firmes y los saberes más claros. Todo ello lo sabe muy bien el doctor Carrión; por eso ha ejercido siempre su magisterio con un trato horizontal y cálido, no sólo en las aulas sino también fuera de ellas, en los pasillos, en los jardines, en la cafetería, en todo espacio en el que fuera posible entablar una conversación inteligente y honesta.

A esa voluntad constante y fecunda de compartir que es la esencia de su vocación docente, el doctor Carrión ha sabido impregnar como un sello de agua una vasta cultura, centrada ciertamente en su conocimiento erudito de nuestro idioma. Ya sea como profesor, académico o autor de numerosas investigaciones, el doctor Carrión no sólo ha mostrado siempre un interés particular en vigilar la pureza del castellano y mantenerlo en alto a través del ejercicio de una prosa bella y razonada como es la suya, sino también en explorar y dilucidar el origen y la historia de los vocablos que lo componen. Hay en esa búsqueda incesante algo de poético y de metafísico. Huidobro decía que los poetas hablan el lenguaje del paraíso, pues llevan impresas en sus palabras el recuerdo de aquel tiempo primero, esos vagidos y acentos originales del mundo recién creado. En sus intrincadas pesquisas por descubrir el devenir de una palabra, el doctor Carrión ha recurrido a otros caminos para encontrar los rastros de ese mismo lenguaje primigenio. Y al hallarlos, ha procedido igual que los poetas: los ha conservado y los ha transmitido a todo aquel que ha querido conocerlos.

La figura del doctor Carrión representa, pues, la imagen del maestro. Y esa imagen, en su caso, está indisolublemente ligada a las humanidades, que, como sabemos, constituyen el alma misma de nuestra tradición como casa de estudios. A lo largo de más de cuarenta años de magisterio, él ha encaminado a sus alumnos a internarse en las investigaciones lingüísticas y literarias con los siempre saludables hábitos del rigor, la reflexión, el estudio paciente y la indagación crítica. Pero, sobre todo, los ha impulsado a aventurarse más allá del simple saber informativo y, con ese talento, los ha hecho interrogarse por el sentido más profundo de esa obra misteriosa y sorprendente que es la existencia humana. Y es

que él comprende perfectamente que el conocimiento no es una línea recta, sino más bien un entresijo de formas convergentes en cuyo centro resplandecen, altas e inquebrantables, la verdad y la belleza. Numerosas generaciones de humanistas se deben así, a ese su magisterio sabio, honesto y permanente.

En una época como ésta en que se privilegian el éxito económico y la formación tecnocrática, en un mundo en que los dominios de la ciencia y de la técnica suelen ser considerados más importantes para la conquista del bienestar y la prosperidad, es necesario reafirmarnos en esa apuesta encarnada en la trayectoria vital del doctor Carrión. Pues basta echar una mirada somera al momento actual para comprender la importancia que cobran hoy los estudios humanísticos y el por qué ellos no son ni pueden ser un mero lujo intelectual. Se habla de un mundo globalizado, pero se trata todavía de un horizonte muy estrecho: mientras en un lado de la Tierra son revelados los secretos de la biología molecular y se multiplican las vías de comunicación electrónica, en el otro extremo asoman con inusitada energía ancestrales vindicaciones y son empuñadas las armas del fanatismo y el odio ciego. Se tienden a soslayar así conceptos fundamentales para la vida personal y social como la equidad, la justicia, la tolerancia y la solidaridad universal, conceptos que fueron forjados y revitalizados tanto en los solitarios gabinetes de los pensadores como en las aulas en las que se discute y se imparte el saber humanístico. Por eso podemos afirmar que los afanes de quienes como el doctor Carrión se dedican a las humanidades no carecen de implicancias sociales, sino que más bien, al desplegar la imagen misma del ser humano, orientan y fortalecen los nuevos horizontes por los que transitan nuestras sociedades.

Si así lo comprendemos, entenderemos con mayor precisión cuál es el significado del homenaje que hoy le tributamos al doctor Enrique Carrión: para nuestro claustro, su persona representa la figura del humanista que no solo es brillante en su saber, sino que, estando profundamente preocupado con su disciplina, se compromete con su tiempo y con las preocupaciones más acuciantes de la existencia humana.

Señoras y señores:

Este retrato es sólo un esbozo, compuesto por algunas imágenes que vanamente intentan abarcar la rica y multiforme extensión de una vida dedicada por entero al servicio de la inteligencia y el magisterio. Nuestro reconocimiento sólo puede expresarse de modo más cabal a través de los símbolos con los que nuestra universidad suele manifestar su profundo y sincero agradecimiento a quienes han dejado huellas indelebles en su historia. Por este motivo, doctor Enrique Carrión, es para mí un honor cumplir con el encargo que he recibido del Consejo Universitario y conferirle las insignias que lo acreditan como *profesor emérito* de nuestra casa.

Entre la enseñanza y la investigación

Enrique Carrión Ordóñez

Con palabras muy breves deseo agradecer el honroso nombramiento de *profesor emérito* que me han acordado. Representa esta distinción el máximo premio para los que, llamados a servir la educación superior, se han entregado de lleno a la docencia y a la conducción de los estudiantes que esperan recibir una enseñanza acorde con la más selecta y moderna instrucción profesional.

La vocación universitaria se corona con la investigación, con la superación del saber recibido. No es fácil sin embargo tener, durante la juventud escolar, una idea clara de esta meta creativa. Es en la vida institucional donde se va comprendiendo que la investigación es una hermosa y posible actividad de los hombres del saber, aun en circunstancias negativas como las que surgen de la juventud y el subdesarrollo de nuestros países.

La vocación de profesor surge paulatinamente. Se desarrolla casi en la misma dirección que el instinto paternal. De constituir un dócil receptor de la vida biológica, uno va pasando a la convicción de que esa vida sólo puede mantenerse con su recreación. Y lo que es válido para un proceso biológico, lo es para el proceso de una vida intelectual.

El estudioso advierte que para comprenderse, más que definirse, es necesario historiarse. El investigador comienza por establecer como punto de partida una somera historia, no sólo del sistema, sino de sus actitudes y perspectivas cambiantes frente a él.

No puedo ahora contarles cómo fue surgiendo en mí la necesidad de investigar y sólo aludiré brevemente a la de enseñar. Sin el ejemplo de modelos y consejeros no hubiera jamás pensado en enseñar. Es ésta una ocasión de revisar algunos de estos ejemplos, a riesgo de omitir otros tantos o más dignos de mención. Y comienzo por aludir a quienes, ya en secundaria, fueron transmitién-

dome esa conciencia de dedicarme más a la ciencia que a sus títulos y prerrogativas.

José Agustín de la Puente substituyó a un profesor en *Historia del Perú* y nos transmitió una nueva visión del proceso cultural de nuestro país. Además se ofreció a preparar a los que pensaban ingresar a Letras. No sólo eso. Habló con otros egresados y docentes para repasar materias importantes del temario de ingreso. Ahí pude recibir lecciones preparatorias de lengua y literatura de quien ha sido mi mejor consejero y amigo: Luis Jaime Cisneros. Al ingresar ya tenía yo atisbos de mi futura vida de docencia e investigación. Ávido de estudiar me inscribí -cosa excepcional- en dos seminarios del Instituto Riva-Agüero, de Filología y de Historia, donde iba a ir descubriendo estas dos vertientes de mi formación letrada. Decidí, además, inscribirme en la especialidad de Literatura (con estudios de Lengua), aparte de los estudios de Derecho, que eran todavía mi meta consciente.

Pasaron los años. Terminé simultáneamente ambas profesiones de Letras y Derecho y poco después recibía una beca de Cultura Hispánica que me condujo a Granada, donde encontraría a don Manuel Alvar, desdichadamente ausente ya. De vuelta fui graduándome de Bachiller y Doctor y me inicié en la docencia.

Otros viajes a Alemania, Francia, Estados Unidos fueron abriéndome el mundo de la comunidad del saber.

A la Universidad Católica le debo mis alegrías mayores y también algunas de mis penas. Entre las primeras, haber conducido investigaciones de calidad, coronadas exitosamente con monografías, memorias, tesis y libros de estudiantes antiguos que incluso superaron mis propios puntos de vista; el haber alentado la redacción de artículos y manuales de síntesis por ellos y por algunos colegas; el haber recibido, además, poemarios, narraciones y obras críticas con generosas dedicatorias y reconocimientos. Me alegra haber representado a la Universidad en comisiones científicas, en reuniones y sociedades dedicadas al estudio y al servicio del país. Me alegra haber vivido la amistad con sus hombres y mujeres. Las

penas, en cambio, las guardo en una caja cada vez más pequeña y vacía. En un cofre lucido abunda más bien el recuerdo de maestros, alumnos, conferencistas, amigos, ilusiones y honores. Ahora sólo quiero expresar mi alegría de ostentar la condición de *profesor emérito*.



En el Auditorio de Humanidades, el 18 de octubre del 2001, los profesores (de izq. a der.) Dr. **Luis Jaime Cisneros Vizquerra**, profesor principal del Departamento Académico de Humanidades; Dr. **Enrique Carrión Ordóñez**, *profesor emérito* del Departamento Académico de Humanidades; Dr. **Salomón Lerner Febres**, rector; Dr. **Krzysztof Makowski Hanula**, jefe del Departamento Académico de Humanidades; y Dr. **René Ortiz Caballero**, secretario general de la Universidad. (Foto por Cosme Trujillo Barrueta).

573

No. 156,
 Don Enrique Canón Ordóñez, hijo de Don Enrique
 y de Doña Loraida, nacido
 en Lima el 18 de Mayo del año 1936,
 y domiciliado en Av. Alvarado No 926,
 queda matriculado como alumno oficial del 1er año de estudios de la
 Facultad de Letras y Pedagogía.

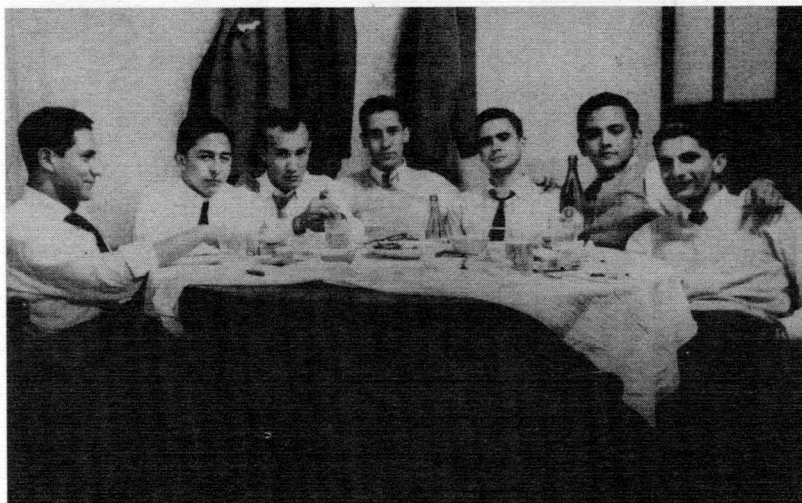
Lima, 6 de Abri de 1951



OBSERVACIONES:
Beano

Enrique Canón Ordóñez
 FIRMA DEL ALUMNO
Beano
 FIRMA DEL SECRETARIO
Enrique Canón Ordóñez
 FIRMA DEL ALUMNO
Beano
 FIRMA DEL SECRETARIO

Ficha de matrícula n° 156 de la Facultad de Letras y Pedagogía
 (Lima, 6 de abril de 1951)
 Libro de matrículas de la Facultad de Letras y Pedagogía (1943 - 1953), p. 573



En un chifa de la calle Capón

Luego de la graduación de Armando Zubizarreta Gabaldoni (centro) como Bachiller en Humanidades, sus compañeros y amigos celebran el acontecimiento académico, cuya tesis, *"El Caballero Carmelo"*, fue aprobada por unanimidad. En la foto aparecen, de izq a der., Arturo Vidal Layseca, Pedro Rodríguez Crespo, Raúl Zamalloa Armejo, AZG, José Antonio del Busto Duthurburu, Enrique Carrión Ordóñez y Alberto Varillas Montenegro. Lima, 2 de noviembre de 1955.



En el Auditorio de Humanidades, el *profesor emérito* Enrique Carrión Ordóñez con sus hijas Mariana (izq.) y Úrsula Carrión Caravedo. 18 de octubre del 2001.
(Foto por Cosme Trujillo Barrueta)

Índice

Presentación, por el Dr. Juan M. Ossio Acuña profesor principal del Departamento de Ciencias Sociales	5
Enrique, el incansable caminante del saber, por Krzysztof Makowski	9
El 'emérito' Carrión, por Luis Jaime Cisneros	11
Enrique Carrión Ordóñez, imagen de maestro, por Salomón Lerner Febres	17
Entre la enseñanza y la investigación, por Enrique Carrión Ordóñez	21

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Archivo de la Universidad

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

Beatriz Montoya Valenzuela
Vanessa Veintemilla Minaya
Carmen Guevara Regalado
Pablo Páucar Chumpitaz
Archiveros

María Dextre Vitaliano
Administradora

Javier Mendoza Suyo
Conservador

Arturo Fernández Farro
Cristina Hinojosa Lecaros
Christian Prada Flores
Diego del Río Figueroa
Jorge Luis Valdez Morgan
Alumnos colaboradores

Elizabeth García Vásquez
Diagramadora

Ejemplar N° 211

El número 28 de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* se terminó de editar en la imprenta PUCP (San Miguel, Lima) el 12 de diciembre del 2001, festividad de Nuestra Señora de Guadalupe y octogésimo sexto aniversario de la comunicación del padre Jorge Dintilhac, SS.CC. al Ministro de Instrucción y Culto sobre la próxima apertura de la *Academia Universitaria* (hoy Universidad Católica). La edición consta de trescientos ejemplares numerados.